

mancille nuestro espíritu racional, por un instinto inconsciente, por una sensación dominadora ó por una percepción confusa, vulgar y empírica? Nó; el error presenta de nuevo su rostro placentero y audaz, y busca en las ciencias prácticas y de inmediato resultado á las artes manufactureras, á los oficios y á todas las industrias sus argumentos ficticios, que cual brillantes oropeles han de fascinarle y abrirle paso franco y expedito entre nuestra agitada sociedad.

Nada hay más opinable y expuesto á todos los desvaríos de una imaginación fogosa sostenida por la idea de secta, que las investigaciones que se han practicado para conocer el mundo que nos sustenta y los múltiples y variados organismos vivos que pueblan su superficie; nada hay más engañoso para nuestra razón, que el estudio de las vicisitudes que haya podido experimentar la corteza terrestre, cuyo insignificante espesor ha sido explorado por los sabios de todos los países. Y si estos conocimientos han ofrecido, y ofrecen todavía, serias dificultades que dan lugar á contradictorios pareceres y á sistemas inconciliables entre los profesores más eminentes que se consagran á tan árduas exploraciones, ¿con cuánta mayor razón no han de sorprendernos los que se dirigen á investigar los espacios celestes, las regiones interplanetarias y la inmensidad de los cielos, á pesar de los poderosos medios que nos proporciona el cálculo matemático, y de la exactitud y alcance de los instrumentos tanto físicos como astronómicos? La historia nos recuerda á cada paso las alternativas más ó menos trascendentales que ha experimentado la ciencia de los hombres en terreno tan difícil como aventurado, y con harta frecuencia nos avisa de los desvaríos y falsos sistemas á que conduce un principio ó ley aceptado bajo la garantía de la ciencia, pero mal estudiado y peor conocido, cuando sobre él se pretende basar una doctrina empírica fundamental, la cual ha de servir de segura guía al porvenir científico de la humanidad. Aceptar un error en el campo de la observación y de la experiencia, aunque sea con el carácter de hipotético, posible ó provisional, sólo porque va precedido de un nombre respetable, será en todas las épocas y tiempos un medio funesto y humillante, porque las consecuencias y las inducciones que se obtienen con apariencia siempre de verdades bien probadas, servirán tan sólo para extraviar la razón y sumergir el entendimiento entre las tinieblas de la ignorancia y los abismos espantosos de la incredulidad.

La grandeza de nuestra alma hace al hombre que tenga elevadas miras y nobles aspiraciones; el desarrollo y el cultivo de la inteligencia despiertan en el corazón la generosidad; y cuanto más sobresalen las facultades inherentes al espíritu, tanto mayores son los progresos que conquista en el terreno de la moral, del derecho y de la verdadera ciencia. La materia no piensa; el hombre

como materia es egoísta, y sólo desea para sí la vida y el placer, concentrándolo todo en su propio interés. Nuestros filósofos materialistas hacen toda clase de esfuerzos para armonizar los goces indefinidos de la materia con la fraternidad universal. Esto no es posible: son dos ideas que se repelen entre sí; porque de una parte está la materia como cuerpo, y de la otra el espíritu como alma.

Si el progreso de la humanidad, al recorrer la última cuarta parte del siglo XIX, ha de consistir en acumular las riquezas entre unos pocos afortunados; si el progreso se mide por los saraos fastuosos y opíparos banquetes que estos seres afortunados celebran; si, en resumen, no se piensa en otra cosa que en amontonar capitales para explotar á todos los países haciendo que los pobres se vuelvan miserables y pordioseros, confesamos con toda ingenuidad que no comprendemos esta clase de progreso, de adelanto ni de perfeccionamiento social.

Este desmedido desarrollo material que venimos observando en todas las naciones, y especialmente en Europa y América, que ha empobrecido á la clase media y ha llenado de miseria á la que antes era proletaria, que viene divorciando, tal vez sin advertirlo ni quererlo, al hombre del sentimiento religioso, ha sido observado por la Iglesia católica, la cual ha llamado la atención de todos. Nunca se presenta el error en el pensamiento ni el vicio en la vida, ha dicho un filósofo contemporáneo, que no haya sido aislado de la verdad, combatido con las mismas armas de que abusa, y expulsado de la tradición que viene guiando á la humanidad hace más de cuatro mil años. El Catolicismo no mira con recelo ni se opone á estas grandes aplicaciones de la ciencia moderna; por el contrario, las acepta y las aplaude; sino que teme, no sin fundamento y razón, que la moral y el derecho adquieran un camino tortuoso, que se rompan los diques sociales y el desbordamiento anegue en lagos de sangre la generación actual: por esto el Catolicismo se separa de la política. Necesitamos progresar á la par en el sentimiento católico, en el sentimiento espiritual, en las ciencias metafísicas que tanto combate el positivismo; necesitamos buscar la paz del alma, la tranquilidad de nuestra conciencia, el bienestar de la familia, no separándonos de la Iglesia católica, que nos enseña ahora como siempre, el camino del bien para alcanzar la felicidad eterna, que ha de ser el ideal de nuestras puras aspiraciones.

La historia que estamos recorriendo demuestra con lenguaje elocuente cuanto acabamos de apuntar. La influencia del paganismo, su audacia, su intemperancia y hasta su perversidad, alcanzaron todo su desarrollo; pero tuvieron que sucumbir al fin ante la religión de Cristo. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los sectarios de los falsos dioses, inútiles las cavilacio-

nes para adquirir otra vez la preponderancia perdida; aquella mitología complicada, aquel olimpo abigarrado carecía de influencia y prestigio, porque no podía ser estable ni permanente. Euhemero acabó de hundirla probando por medio de las inscripciones sacadas de los mismos templos, que aquel politeísmo representaba á los hombres divinizados, y por lo tanto todas las religiones eran falsas en su esencia; no eran más que sectas crueles por los sacrificios y ridículas por las ofrendas, evocaciones é imposturas... Hasta aquí ¿qué *conflicto* registra la historia? Ninguno ciertamente. El politeísmo ya desacreditado se hundió por su misma falsedad y ninguna importancia; cedió, bien á pesar suyo, el campo á la verdadera Religión, y después de un último y postrer esfuerzo, por medio de crueles sacrificios y horrendos asesinatos, terribles martirios y destructoras persecuciones, quedó para ser juzgado por la historia. Mientras tanto la *ciencia* en la parte de los conocimientos humanos que podía dársele este nombre, porque los estudios de las *ciencias* experimentales y de observación todavía no alcanzaban la categoría de tales, continuó su camino al amparo del Cristianismo y de la tradición, como tendremos ocasión de estudiar en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO V

EL CRISTIANISMO Y SUS CONSECUENCIAS

Generalidades.—La humanidad.—La ciencia entre los griegos.—Nacimiento de Cristo.—Antigüedad del judaísmo.—El dogma cristiano es el único verdadero.—El Evangelio.—Tiberio.—Muerte de Jesús.—Los Apóstoles.—Las catacumbas.—Comienza la decadencia de Roma.—Emperadores que se degradan.—Primeras persecuciones.—Constantino protege la Iglesia de Jesucristo.—La cuna de la ciencia moderna no fué el Museo alejandrino.—Las persecuciones aumentan el número de cristianos.—El Cristianismo mejora los costumbres.—Roma y Constantino.—Constantinopla.—La Iglesia católica no es hostil á la ciencia.—Los Pontífices y los Prelados han protegido la ilustración de los pueblos.—La Iglesia católica impulsa el progreso estético é industrial.—División del imperio.—Juliano.—Joviano.—Valentiniano.—Valente.—Graciano.—Teodosio: su reinado.—Se divide el imperio entre Arcadio y Honorio.—Irrupción de los bárbaros.—Estilicón.—Alarico.—Ataulfo: se casa con Placidia.—Sigerico.—Walia.—Constancio.—Gáina.—Antemio.—Pulqueria.—Teodosio II.—Guerra de Persia.—Valentiniano III.—Acio y Bonifacio.—Atila.—Pulqueria se casa con Marciano.—Honorio ofrece su mano á Atila.—Segunda invasión.—Batalla de Chalons.—Vuelve Atila.—Se casa con Ildegunda.—Muere por los excesos de la boda.—Asesinato de Acio.—Muere el monarca.—Máximo emperador.—Genserico.—Avito.—Mayoriano.—Los Bagaudos.—Ricimero.—San Severo.—Egidio.—Olibrio.—Julio Népote.—Orestes.—Augustulo.—Odoacro.—El Senado Romano abdica el imperio del mundo.—Reflexiones acerca los acontecimientos de esta época, los progresos del Cristianismo, los descalzamientos científicos, los Santos Padres, las herejías y los conflictos que todo esto haya podido acarrear entre la Religión católica y la ciencia empirica.



VAMOS á recorrer la gloriosa época en que apareció el *Redentor del mundo*, para predicar la nueva Religión que regeneró á la humanidad. Estamos, pues, en el terreno verdadero, donde comienza el Cristianismo su santa misión evangélica, y en este terreno procuraremos demostrar, *que entre la Religión católica y la ciencia no existen conflictos; ó bien, que los conflictos del señor Draper, y el materialismo y positivismo modernos no tienen razón de ser ante la historia y la ciencia.*

La historia de la ciencia en sus continuas evoluciones, ha dicho un pensador contemporáneo, es un poema sublime, cuyo fondo se halla en la humanidad apreciada por la naturaleza.

Con efecto, la historia de los humanos conocimientos representa una serie no interrumpida de oscilaciones y controversias, que vienen á sucumbir ante un materialismo que quiso sobreponerse á las leyes de la razón y del espíritu.

Empero ¿hemos llegado á conocer estas leyes con sus modificaciones, para que podamos definir con probabilidades de exactitud, lo que se debe entender por ciencia? ¿Se ha alcanzado la meta de los conocimientos que